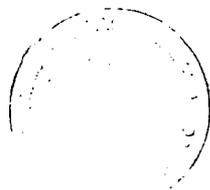


DIFICULTADES

POR

FRANCISCO MURILLO FERROL

Catedrático de Derecho Político
Universidad Autónoma de Madrid



¿Es la nuestra una sociedad pluralista o, más simple y toscamente, contradictoria? Ya sé que contradicción existe siempre. Ya sé que es un tema grato a los marxianos. Pero no pretendo decir tanto. Sólo apuntar algunas de las que nos rodean hoy en la vida cotidiana. Muchas, la mayoría de ellas, no son específicamente nuestras. Son universales (o podrían serlo) y pensamos que hay política porque hay contradicciones. La contradicción es su ingrediente básico.

El campo es amplísimo: Desde ese humanitarismo diferencial que señaló Goytisolo hace tiempo hasta la actitud que condena los campos de concentración nazis, pero se encuentra embarazada porque ahora compadecer a los judíos no está bien visto. O la reacción de los movimientos feministas ante el acceso al puesto de primer ministro de la señora Thatcher. O el promover manifestaciones callejeras para pedir que se prohíban las del adversario, etc.

En general, parece que la política es tratar de prohibir al contrario lo que uno considera lícito para sí. Exactamente lo opuesto al mandamiento divino, e incluso al imperativo kantiano. Y tengo para mí que, por hoy, el sedicente científico de la política no dispone de instrumentos idóneos para dar cuenta profunda de esa realidad que es *contingente, optativa y contradictoria*, con arreglo a los cánones lógicos usuales. Y que incluso puede ser —es— irracional en muchos de sus tramos. No es éste el lugar de ver las limitaciones de fondo en que nos movemos los presuntos politólogos si tratamos de analizar la parcela de realidad que se nos señala. Me limitaré a echar una ojeada rápida a las condiciones concretas que forman el entorno en que hemos de movernos hoy, nosotros, «científicos» de la política, en la España de 1980¹.

Se ha dicho que los americanos del norte han pasado de la barbarie a la decadencia sin transitar por la civilización. Pienso que hoy mucha gente está pasando del analfabetismo a la cultura audiovisual, sin haber conocido la lectura. Es decir, sin haber tenido la vivencia personal de la galaxia Gutenberg. Porque,

¹ Por descontado que la mejor situación personal sigue siendo la de hispanista, sueco a ser posible, como dijera el inolvidable Nicolás Ramiro. Un balcón seguro y, emocionalmente, alejado lo más posible de un panorama apasionante pero peligroso.

por supuesto, la célebre galaxia de MacLuhan lo era también para los iletrados, que precisamente eran iletrados en la medida en que estaban insertos en ella.

Pues bien, en España, en ciertos aspectos y con desigual resonancia según las zonas, se está pasando de lo pre a lo posindustrial, sin haber agotado ni aun medio vivido, la etapa industrial. A simple vista, muy ostensiblemente, aparecen muchos rasgos:

- Falta de racionalización en la organización del trabajo.
- Pervivencia de viejas profesiones, cuando aún no acabaron de integrarse las nuevas.
- Bajo nivel de educación y, sobre todo, de especialización.
- Escaso desarrollo del conocimiento, la informática y el reciclaje, frente a la inercia rutinaria en educación.
- Una burocracia pública, y en gran parte la privada, aún diseñada según el patrón antiguo preindustrial, sin que por ello deje de suponer la opresión ortopédica de la más moderna, aunque sin su eficacia².
- Aplastante predominio de la pequeña y mediana empresa, que puede no coincidir ni mucho menos con la racionalidad económica, etc.

Me detendré en algunos puntos especialmente.

1. Hemos aprendido a consumir sin haber acabado de enterarnos cómo se produce. España ha vivido apresuradamente —en los últimos años y con mucho retraso— el tránsito a una sociedad industrial de consumo, que los otros países occidentales vivieron cuánto ha. Por tanto, la inflación es aquí de distinta naturaleza que la originada por la crisis en los otros países. Porque aquí la crisis incide en el proceso de expansión inherente a las primeras etapas del desarrollo. La gente tiene mentalidad expansiva, de nuevos ricos que pueden permitírselo todo.

Me parece nuestra inflación actual cualitativamente distinta de las otras. La crisis general ha repercutido aquí sobre la inflación estructural del crecimiento en sus primeras etapas. La mentalidad de la gente es de consumo en alza, de ascenso. Incluso, como en el caso de las tarifas eléctricas, perdura el sistema de premios al consumo. Se supone que una cosa tiene que ser tanto más barata cuanto más se compre de ella. No hemos llegado ni siquiera a la fase de consumo y producción relativamente estabilizados, en que ya se ha perdido la obsesión de una posible contracción del consumo.

Creo que aquí la masificación del consumo ofrece perspectivas distintas que en otros países de nivel cívico más alto. Nos falta una educación generalizada (y no «particular» por familias), que dé un nivel mínimo para la convivencia. Nuestro pueblo tiene la falta de respeto *heril* por los bienes que no son estricta y directamente propios. De aquí el mal uso y el abuso de todas las cosas comunes. Y las dificultades de una convivencia medianamente tolerable en la masificación. A ello hay que añadir la carencia de la infraestructura ade-

² La expresión *Iron Cage*, que se incluye en el título del libro de A. Mitzman (*La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, Alianza, 1976), creo que no traduce el matiz de la intención weberiana. *Gehause der Hörigkeit* es una antinomia irónica, una ironía del mismo estilo que cuando decimos «jaula dorada». Estuche en que se resguarda y protege la servidumbre y opresión que la burocracia significa.

cuada, incluso en las proximidades de los hacinamientos más antiguos y desarrollados. Ni transportes, ni carreteras, ni alojamientos, ni playas, ni bastimentos, ni agua, nada es suficiente para hacer frente a la masificación. A la extensión del disfrute.

El resultado es que aquí, para conseguir el nivel de una convivencia pasable, hay que recurrir a los resortes del más descarado capitalismo elitista: precios disuasorios, exclusivismo, barreras y, en todo caso, propiedad privada y Guardia Civil. El hecho de que todo esto tenga una explicación histórica y de que las capas altas sean en gran parte responsables de este bajo nivel de educación cívica, no arregla ciertamente la situación, aunque puede dar argumentos a los socializantes. Los costes de la masificación del consumo son aquí más altos y más penosos.

2. Padecemos la falta de un capitalismo maduro como telón de fondo. Tenemos un capitalismo de estufa, no preparado para competir. Ni siquiera para el juego normal de las relaciones capital-trabajo, que funcionan hace tiempo en los demás países. Le falta (al parecer) la revolución burguesa y le sobran demasiados años de impunidad, de explotación protegida y de complicidad con un sistema que le hace tener mala conciencia. Le falta haber disputado cada una de sus bazas en pugna abierta con los sindicatos y creer de verdad, sin beatería ni justificaciones trascendentes, en la legitimidad de su postura.

Todo ello produce en nuestros propietarios rurales y en nuestros empresarios un nivel de reacciones primarias frente a cualquier ataque a sus intereses, incluso a su respeto. Reacciones que pueden ser muy peligrosas, como ya se vio en la guerra civil. Les falta «correa» y espíritu combativo: con armas *normales* se entiende (no aspirando al fusilamiento del adversario) y como situación *normal*.

Y junto a un empresariado habituado al benévolo fanal de la dictadura, un movimiento obrero y sindical inevitablemente anacrónico: reivindicativo, con demasiado *pathos* de sustitución en el disfrute, y sin los «cuadros» idóneos para enfrentarse con los problemas de una compleja economía, como exigen los tiempos. No existe confianza en que los gabinetes de estudios sindicales sean capaces de elaborar un modelo económico alternativo, viable y eficaz, como puede ocurrir, por ejemplo, en Francia. En cualquier momento parece como si pudiera brotar la situación de la II República, con su arcaico talante de revanchismo secular.

Los conflictos en la España actual son todavía tan primarios que pudieran llevar a situaciones sin salida pacífica. Unos empresarios cerrados y celosos de su autoridad indiscutida y unos sindicatos que no tienen claro cuál deba ser *positivamente* su actitud. La guerra civil y sus secuelas significó tan grave purga, que ha podido producirse el increíble tránsito inmediato de la dictadura, sin quebranto brusco. (A la postre, el consenso constituyente ha venido, a los cuarenta y dos años, a cumplir la función que debió realizar aquel nonato gobierno que, entre el 19 y el 20 de julio de 1936, intentó formar por tres veces don Diego Martínez Barrio.)

Como consecuencia de los años de prosperidad, de la ideología desarrollista y de las migraciones, nos queda un consumo desbocado, sin moderación económica ni social. Que ahora se ve catalizado por la desmoralización inflacionista.

Se trata de «apurar la copa de la vida». La pérdida de respeto al dinero se corresponde con un hedonismo desesperado. Como de milenio.

Sabido es que, desde Roma al menos, hay una tradición de nuevos ricos. En nuestro siglo, los rastacueros, el indiano y, en general, el americano para los europeos de los «felicis veintes». Pero ahora en España todos somos *nouveaux riches*. Todos enseñan con orgullo no disimulado sus pisos, chalés y *gadgets*, por modestos que sean. Y en una corriente de emulación. Pienso que la duquesa de Alba y el duque del Infantado no mostrarán sus palacios —que han poseído desde siglos y que encierran auténticos tesoros— con la fruición con que los demás mostramos nuestras casas, como si fueran el Louvre. Padecemos «complejo del Louvre», diríase llanamente.

Lo grave es que todo esto supone que no hay una verdadera relación *personal* entre nosotros, sino una relación mediada por las cosas. No cuenta lo que *somos*, sino lo que *tenemos*. La antigua «visita» (que prácticamente se usaba en todas las capas sociales), el «venir a vernos», se sustituye ahora por «venir a ver el piso o el nuevo televisor». Y estas cosas materiales son tema preferente de conversación. Diríase, jugando del vocablo, que se ha llegado a una «cosificación» de la visita.

Todo esto, como es natural, va unido al esnobismo más descarado y a la más subida cursilería. Operan los más insospechados grupos de referencia orientando el consumo. Basta ver (y es muy ostensible) la proliferación de joyerías modestas y de salas de arte, incluso en los núcleos de población y barrios más humildes. Asistimos a la apoteosis (¿final?) de los valores de consumo pequeño-burgueses. La cultura del *kitsch* y de los plásticos. Y no se olvide que hay también una utilización *kitsch* del arte auténtico: el esnobismo de las presuntas antigüedades (a veces, simples antiguallas) y de los cuadros de firma, que no se entienden ni se gozan, sino como meros símbolos de *status* y de emulación. O se racionalizan como instrumentos de inversión.

3. Son importantes los trastornos que se producen en una sociedad incoativa o *zonalmente* posindustrial, que no acabó de madurar la etapa industrial, o lo hizo deficientemente.

Por de pronto, el sector terciario se agiganta antes de tiempo, antes de que los otros dos sectores estén firmes para aguantarlo. Vale aquí el diagnóstico que para el Reino Unido hicieron los economistas de Oxford: Robert Bacon y Walter Eltis³. Aumenta anómalamente el número de puestos de empleo en el sector servicios, en especial en la burocracia pública, porque precisan muy poca inversión de capital para su creación y pueden generarse rápidamente con el gasto público y la simple ampliación de servicios ya existentes. Pero este sector económico de bienes no tangibles, es sustantivamente bajo en productividad y supone una sobrecarga para el sector industrial de la economía, que, por su parte, ya está quebrantado por la debilidad derivada de la insuficiente inversión, secuela de la crisis.

Según la *Encuesta de población activa*, del I. N. E., *Avance* para abril-junio de 1979, el sector servicios ocupaba a un 43,4 por 100 de la población

³ *Britain Economics Problems: The Few Producers*, Londres, 1975. Apareció primero como una serie de artículos en el *Sunday Times*.

activa; el secundario (industria más construcción), a un 37,1 por 100, y la agricultura, a un 19,5 por 100. Pero lo significativo es que, según estas mismas *Encuestas*, el incremento del sector servicios de 1960 a 1977 fue del 52 por 100, mientras que el de la industria más la construcción fue sólo del 16,3 por 100. Aun contando con las imprecisiones derivadas de las diversas clasificaciones que a veces se han usado y de la propia manipulación de los datos, es muy expresiva la diferencia. Sobre todo si se tiene en cuenta que la mano de obra industrial no ha dejado de crecer por la racionalización o automatización del sector, cosa que no pudo ocurrir por la carencia de inversiones adecuadas, descontando algunas excepciones. Lo que, como se sabe, hace de nuestra industria una industria atrasada, con baja productividad. Llanamente, como decíamos antes, es que hemos aprendido primero a consumir que a producir. Una situación análoga en parte a la de los países del Tercer Mundo y, según dicen, muy propicia para fomentar la inflación.

Con ésta, la inflación, galopando (sea cualquiera la explicación que le encuentren los economistas, si es que llegan a ponerse de acuerdo), se puede llegar a lo que Bell llama las frustraciones de la opulencia, en especial la llamada «paradoja de Jouvenel» en sociología fiscal: La frustración del que ve que su renta se ha duplicado, pero que no por ello vive dos veces mejor que antes⁴. Con el problema humanísimo de que sí, cuando se trata de un enemigo exterior, pueden esperarse la solidaridad y la cooperación, en las crisis económicas internas, por el contrario, cada uno pretende evadirlas como puede, echando la carga sobre los demás.

En España se perfila claramente una gran línea de asimetría entre los que pueden trasladar a los otros la inflación (y hasta, en algunos casos que debieran ser escandalosos, repercutir la carga fiscal no repercutible) y los que son sufrido final de trayecto. Ésto ocurre en todos los niveles sociales, aun los más modestos.

Asimismo es grave la diferencia entre quienes, en el corporativismo vergonzante y larvado que impregna nuestra sociedad, pueden hacer oír sus reivindicaciones y quienes no, por la carencia de solidaridad gremial o de otro tipo, sin que lo remedie el aparato sindical general.

Entrambas situaciones son fuente de graves desigualdades económicas y sociales en nuestro momento, que funcionan en todas las zonas españolas, aunque con distinta presión probablemente en cada una de ellas. Reflejo de las desigualdades territoriales que, como es bien sabido, se dan en tantos aspectos; también, por ejemplo, en los índices de desempleo, en los que, mientras la media estimada para todo el país en 1979 era del 9 por 100 de la población activa, Extremadura (15,2 por 100), Andalucía (13,9 por 100), Canarias (11,2 por 100) y Castilla la Nueva (10,6 por 100) andaban bastante por encima de esa media nacional⁵.

4. ¿No estará montada nuestra Seguridad Social sobre supuestos pre-industriales o casi?

Omitiendo su escasa eficacia y los, al parecer, desmesurados gastos de Ad-

⁴ Daniel Bell, *The Future that never was*, en *The Public Interest*, núm. 51, primavera 1978; págs. 35-73.

⁵ *Encuesta de población activa*, del I. N. E., citada.

ministración relativos, ¿no hay en ella todavía mucho de «beneficencia», de ayuda paternalista al pobre? Subsiste en el fondo de su filosofía la intención originaria, entre disuasoria y caritativa, de beneficiar a los deprimidos. Y, naturalmente, de apuntalar la legitimidad del sistema capitalista. No se concibe todavía como un mecanismo universalista que se inserta con naturalidad en la estructura misma de la sociedad y no sólo en un determinado y limitado sector del aparato de producción.

El empresario la ve como una carga, y muy pesada, de las que tiene que soportar. El trabajador, como un complemento del salario. El peso de su sostenimiento recae fundamentalmente sobre ambos, y en menor medida sobre la sociedad como un todo. Entre nosotros, la Seguridad Social sigue teniendo un aire catastrofista, en lugar de ser un instrumento normal de atender necesidades básicas y usuales de *toda* la sociedad. Sigue pareciéndose más a una compañía de seguros mal administrada que a la dimensión normal de la funcionalidad de un Estado moderno.

5. Tenemos los inconvenientes de lo posindustrial incompleto, sin sus posibles ventajas.

Pueden unirse la potencialidad conflictiva del viejo sector industrial, todavía decisivo, con el panorama de las huelgas en el terciario, especialmente dramáticas y sentidas por la población: educación, transportes, hostelería.

Y, en cambio, no existen aún las capacidades para encajar este tipo de conflictos. El consumir —que para algunos es el soberano en el equilibrio posindustrial— carece de peso y se halla inerte en el juego de fuerzas, con sólo algunos preceptos, todavía sin desarrollar, en la letra de la Constitución. En cambio, para nuestro mal, se está cumpliendo la predicción de que el conflicto político posindustrial surgiría del enfrentamiento entre productores y consumidores de servicios⁶. Es la grave tensión latente, que puede saltar en cualquier momento, entre las Asociaciones de Vecinos y múltiples órganos de la Administración, y sobre todo entre la Seguridad Social y los usuarios, que, en su aspecto sanitario, es de los problemas más serios que tiene nuestro país.

Por su parte, el campo, lo rural, sigue siendo el rabo por desollar. Ahora es aún más flagrante el desnivel de los salarios agrícolas con los de servicios que antes con los industriales. Y existe además una «conciencia de abandono». Y es cierto sin duda que el campo tiene políticamente mucha menos importancia que antes, *pero aún la tiene*, en mayor proporción de lo que tienden a creer los políticos superurbanizados, que viven ya casi en un clima posindustrial. Pensemos lo que supone para todo el país el atraso en los modos de tenencia de la tierra, y sobre todo en los sistemas de explotación de la misma, en un sector despoblado y desmoralizado.

Aquí coexisten los movimientos ecologistas con la quema sistemática de los bosques, aparte de continuarse tenazmente el secular proceso de deforestación de la Península, enraizado probablemente en viejas fijaciones del ibero. (Como se sabe, se atribuye al fondo de creencias católicas, con su ascetismo y su forzado despego del mundo, el poco amor del hispano por la naturaleza,

⁶ Alan Gartner y Frank Riessman, *The Service Society and the Consumer Vanguard*, Nueva York, Harper and Row, 1974. Veían al consumidor como la fuerza política del futuro, con capacidad para orientar y dirigir una política determinada por los servicios.

especialmente su falta de respeto por los animales. Si, como también se dice, éste va en relación inversa con el respeto por la vida humana, sólo la Inquisición, por ejemplo, debiera haber bastado para hacer de nuestro suelo el asilo seguro de todos los perros de Europa. Y ciertamente no fue así. En todo caso, sean cualesquiera las causas, se trata de un problema de satisfacción no diferida: quememos ahora la madera o matemos la caza sin pensar en el mañana. Y, sobre todo, sin pensar en los otros. Tema de alto bordo.)

También sería exagerado hablar de una sociedad con predominio del «conocimiento» o saber entre nosotros, cuando, según mis últimos datos, tocamos a 0,7 libros por habitante y año, mientras en los otros países de Europa la cifra es superior a los 2,5. Aunque exista ya el suficiente número de calculadoras de bolsillo como para que nuestra población escolar no aprenda a multiplicar, es todavía escasa la utilización relativa de ordenadores, por obvias razones estructurales. Y, por otra parte, hallamos la significativa situación de que en Alemania Federal y en el Reino Unido se consumen alrededor de cuatro veces y media más de papel de prensa por habitante y año que en España, pero sólo tienen dos veces más televisores y dos veces y media más automóviles que nosotros. Sin comentarios.

El sector industrial sigue teniendo el mayor peso numérico y, sobre todo, político. Su consideración en segundo plano derivaría de una pervivencia de la ideología del «fin de las ideologías», que correspondía, como se sabe, a la expansión económica, al «crecimiento y al desarrollismo. Hoy enfrentada con la de los «límites al crecimiento», desde el *Estado estacionario* de Heilbroner a los Informes del Club de Roma, al *crecimiento cero* de Sicco Mansholt y a los *límites sociales del crecimiento* de Hirsch⁷. Incluso, con la crisis de los setenta ha vuelto a subir el peso del sector industrial, posiblemente a cotas inesperadas y excesivas.

Conviven aquí, no sin tensiones, el auge de las *helping professions* (guarderías, partos en las clínicas, planificación familiar, expansión de centros escolares, asistencia hospitalaria, subnormales), con la mentalidad y los valores morales, que aún subsisten en la mayor parte de población campesina, que abarrotan nuestras sin cesar crecientes ciudades. Es decir, actitudes propias de una socialización preindustrial con un entorno que es ya más que industrial en muchos aspectos, como son los *mass media* audiovisuales y la publicidad masiva y constante de servicios postindustriales.

Se envían por ordenador catálogos editoriales a personas que no compran libros. Y se paga con talones bancarios a jubilados y otras gentes que son ya irremediabilmente analfabetos. La prensa, que anuncia sin cesar la segunda vivienda, tiene que reducir sus tiradas y a veces cesar en el negocio. Coexisten la permisividad sexual propia de sociedades superdesarrolladas y secularizadas, con las viejas actitudes básicas de la autorrepresión y del honor familiar apoyado en la virginidad. (Lo que, entre paréntesis, explicaría en parte la ola de violaciones).

⁷ Robert L. Heilbroner, *An Inquiry into the Human Prospect*, Nueva York, Norton, 1974; Sicco Mansholt, *La Crise*, París, Stock, 1974; Fred Hirsch, *Social Limits to Growth*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977; Jeffrey D. Straussman, *What did tomorrow's future look like yesterday*, en *Comparative Politics*, octubre de 1975, págs. 166-182.

En definitiva, atravesamos un confuso período de transición *esquizoide*, que no presagia nada bueno respecto a integración y estabilidad.

6. Un senador por California señalaba hace poco que lo que acontece en Filipinas, Japón y Corea tiene más influencia e interés para los californianos que la mayor parte de lo que ocurre en Massachusetts. Esta ingenua afirmación creo que encierra gran parte de los términos del problema hoy.

El incremento imprevisto de la comunicación y relación entre los países más distantes, o sea, a la postre, la universalización de los problemas y de los conflictos, conduce a creer en la inutilidad del Estado-nación centralizado, convencional al menos desde la Revolución francesa. El hecho se toma por su cara negativa, y entonces se procede a resucitar los viejos ámbitos particularistas y locales. Lo que pudiera ser en todo caso una consecuencia muy secundaria, porque lo que importa es lo otro, lo verdaderamente nuevo y acuciante: la globalización de los problemas y de los conflictos.

Ayuda a ello, tal vez, el clima generalizado de recelo frente al poder (en general, y no sólo, aunque también, el centralista) incubado en unas generaciones que viven, las más viejas, la segunda guerra mundial, el nazismo, el stalinismo y los múltiples *goulags*, y por otra, las más jóvenes, un largo, insólito período en que las zonas desarrolladas del mundo no conocieron la carestía ni la guerra. Que azotaban, sin embargo, a otros hombres «lejanos». Una contradicción más en los acontecimientos históricos: convivencia de dos generaciones, de las que una vivió años muy duros y la otra, sólo prosperidad, consumismo y permisividad.

Pero, en definitiva, conflictos e intereses de carácter muy general son los que están en juego. Por ello extraña que trate de hacérseles frente con instrumentos particularistas o localistas, que parecieron definitivamente arrumbados. se ha repetido la expresión de que el Estado nacional resulta ya demasiado pequeño para resolver los problemas supranacionales y sigue siendo demasiado grande para las cuestiones locales. Sin embargo, parece como si sólo nos preocupara el segundo aspecto: tendemos a recortarlo, para combatir el poder que nos enoja, y no nos preocupa cómo podrán resolverse los grandes problemas que se abren hacia arriba.

Hay vagas esperanzas, alusivas a federación, cooperación, solidaridad, no muy tranquilizantes si tenemos cuenta de la magnitud y urgencia de las situaciones que nos amenazan. Estas, en nuestra época, pueden ser de tal naturaleza que exijan un tamaño crítico en las organizaciones que hayan de hacerles frente. Por debajo (o por encima) del mismo, acaso la eficacia decrezca exponencialmente.

¿No hay un cierto anacronismo o disonancia en la distribución de competencias que, tan prolija como ambiguamente, hace nuestra flamante Constitución entre zonas autónomas y Estado? ¿Nos hemos planteado en serio si la autonomía favorece, dificulta o es indiferente para afrontar el problema de la energía, de los trasvases, de la escasez, de la pesca o los ecológicos en general?

Y no se olvide que la situación, de hecho, es que ni la URSS, ni los Estados Unidos, ni China llevan visos de desmembrarse⁸. Quizá pudiera decirse que

⁸ Aparte, claro está, de la estructura expresamente federal de los dos primeros países y del regionalismo autonómico de la Constitución china de enero de 1975. Para los Estados

precisamente porque se vive con resignada consciencia esa situación hegemónica de las grandes potencias es por lo que los demás podemos permitirnos el lujo de sentir la nostalgia neorromántica del particularismo. Lo que, en definitiva, supone abandonar en sus manos el problema último y decisivo de la guerra.

O, por invertir la marcha del discurso, se quiebra el Estado nacional cuando éste ha dejado de servir para la finalidad principal que se tenía a la vista en la época en que se trabajó penosamente para lograr su unidad. A saber: crear un instrumento sustantiva y potencialmente bélico, en un azaroso juego de equilibrios, alianzas y amagos disuasorios. Lamentable perspectiva, ciertamente, pero no mucho peor y sí más digna que la de ahora, que supone el implícito reconocimiento resignado de la omnipotencia de los grandes. No se olvide que entre la amenaza nuclear (ahora también «pacífica», o no directamente bélica), la agresión grave a la naturaleza y la escasez de energía, con su correlativa mentalidad⁹, se ha creado un clima de insoportable ansiedad para el hombre de nuestro tiempo. Fomentado con la intervención de los *mass media*, que son los que difunden, con una vibración sin precedentes, aquellas creencias y noticias que les sirven de base.

El poder político, o se trivializa o se ve como la instancia que fomenta o dificulta tales procesos. Los grandes temas conflictivos, los graves problemas, ocurren en los más extensos campos. Las fisuras tradicionales de la política (desigualdad, clases, distribución del poder y de los valores, religión, etnia, participación) pasan ahora a ser cuestiones parroquiales o de campanario, muy por debajo de aquellas otras, inevitablemente universales. Se puede meter la

Unidos se señala, sin embargo, últimamente una cierta tendencia «regionalista», en especial por lo que se refiere al Oeste. *West is different*. Desde allí —dice— se ve al Gobierno federal como un poderoso y lejano *landlord*. Se insinúa como una vuelta a la vieja pauta de la política norteamericana: la soberanía y peculiaridades de los Estados, derivadas de las personalidades de las primitivas colonias. Aquí se insertaría también la perplejidad del senador por California que he citado antes. (Cfr. *Informe* sobre el tema, en *Newsweek*, 17 de septiembre de 1979.) Temo, sin embargo, que no puedan avanzar mucho por ese camino. Es un lujo que no pueden permitirse. Se trata acaso de una de las «desmoralizaciones» o malas conciencias originadas por la guerra de Vietnam y Watergate, ahora posiblemente superadas por la vuelta a los modales de la guerra fría.

⁹ En la década de los años setenta se ha ido extendiendo una mentalidad de escasez, en sustitución de la de crecimiento y opulencia. Es lo que Christopher J. Hurn (*Worldview*, 1976) llamó el «nuevo pesimismo». Que pudiera alimentarse a sí mismo, llevando al retraimiento y la desesperación, en una suerte de *self-fulfilling prophecy*, traduciendo incluso una cierta reacción ética frente al crecimiento desmedido del consumo ostentatorio.

Al término de la década existe eso que algunos han llamado *disastermania*, basada en la creencia de que la catástrofe (en el sentido literal de poner abajo lo que está arriba, de no dejar títere con cabeza) es una fuerza esencial de la naturaleza, no aberrante, sino inevitable. Con su correspondiente literatura catastrófica (Arthur Herzog, George Stone, Gore Vidal). El propio Christopher Lasch, en su difundido *The Culture of Narcissism*, señala que nuestra civilización comienza a mostrar señales de la quiebra que marcó el fin del mundo medieval.

Incluso en el puro campo metodológico es interesante la utilización de la matemática para representar (y a veces intentar explicar) lo discontinuo, lo discreto, por medio de la «teoría de la catástrofe» que el francés René Thom fletó en la década anterior. Ahora se trata de aplicar este instrumento analítico no sólo al campo de la física, sino a la biología e incluso a las ciencias *soft*, a las de la conducta animal y humana (cfr., por ejemplo, Tim Poston e Ian Stewart, *Catastrophe Theory and its applications*, Nueva York, 1978).

cabeza bajo el ala, ignorándolas, pero el coste de ansiedad, de continuo alimentada por la información, es muy alto.

La Declaración de Derechos de 1789 y la propia «ley histórica» marxiana de la lucha de clases tenían sin duda una pretensión de universalidad, pero admitamos que se movían en un nivel abstracto y normativo que no tiene ningún parecido con la universalidad que hoy puedan tener el hambre, la amenaza nuclear o al escasez del petróleo. Y sobre todo, se jugaba con alguna esperanza. Marx pensaba que debiera exasperarse la lucha de clases, porque su despliegue intrínseco conducía a un futuro mejor. No es ésta ciertamente la perspectiva del nuevo pesimismo.

En resumen, psicológicamente, al «autonomizarnos»¹⁰ tratamos de hacer compatible el recelo al poder, cultivado durante siglos de lucha y esperanza, con las manifestaciones cada vez más gigantescas del mismo, que brotan de continuo a nuestro alrededor. Las superpotencias y su carrera de armamentos; la repercusión en el rincón más alejado de las decisiones que adoptan las grandes entidades económicas, ya sean la OPEP o las multinaciones; el poder de la información en todo el planeta, que difunde y propaga los conflictos que pueden afectarnos a todos; las expectativas de consumo, que se amplían incontenibles, más allá incluso de toda posibilidad de satisfacerlas. Si se pretende casar todo esto con un Estado rabricorto, con un poder excesivamente domesticado y dócil, convengamos por lo menos en que estamos afrontando una gran contradicción.

Ahora, finalizando el siglo xx, no se trata del dicho goethiano: Prefiero la injusticia al desorden. Ni, naturalmente, de lo contrario. Tampoco de la afirmación de Sartre: «Toute ma vie, j'ai combattu pour l'avènement d'une société dans laquelle je n'avais pas envie de vivre.» La disyuntiva hoy pudiera ser preferir el terruño a la realidad, lo castizo a lo clásico o, si se quiere, lo particular a lo universal (no en el sentido de los lógicos, se entiende). No se trata de preferir lo próximo a lo remoto, porque precisamente lo que sucede es que lo remoto ha dejado de serlo.

Esta insoslayable proximidad de lo lejano es la que puede traducirse en un clima de milenio y desastre. La alienación y la impotencia se descargan al través de imágenes próximas y familiares, amenazadas por la destrucción, el diluvio y el fin de los tiempos. Lo que viene a ser una válvula de escape para la hostilidad represada hacia una cultura compleja y contradictoria¹¹.

Pero no seamos pesimistas. Estoy persuadido de que para cada problema humano alguien tiene siempre una solución clara, plausible y equivocada.

¹⁰ Perdóneseme el barbarismo. Fidel Castro ha dicho que «subdesarrollado» es el participio de un verbo activo: «subdesarrollar». Transitivo, por supuesto. Así, unos países «subdesarrollan» a los otros. Pienso que tal vez parecido alcance cabría darle en nuestro sistema autonómico a «autonomizar» y «autonomizado». Quizá podría hablarse también del intento de forjar, con más o menos naturalidad, un *homo autonomicus*, tipo ideal abstraído de los rasgos de Viriato, el Empeinado y don Francisco Pi.

¹¹ Bell señaló muy bien ciertas contradicciones culturales del capitalismo en un libro que lleva precisamente ese título. (Hay trad. española en Madrid, Alianza, 1977.) V. R. Fuchs subraya por su parte cómo el éxito del sistema de economía de mercado en Occidente se puede atribuir a la existencia de sólidas instituciones «no de mercado», como la familia y la religión. Sus frutos, empero, como la ciencia, la tecnología, la urbanización, la opulencia, erosionan aquellas instituciones, bases del orden social (*The Economics of Health in a Post-industrial Society*, en *The Public Interest*, núm. 56, verano de 1979, págs. 3-20).